

para Herráez, la novelística de Eduardo Mendoza.

Con la finalidad de agilizar el orden explicativo, Herráez clasifica el corpus comentado en tres focos esenciales: «la conceptualización histórica y el pastiche», con novelas como *La verdad sobre el caso Savolta* y *La ciudad de los prodigios*; «los divertimentos y la parodia», que incluye *El misterio de la cripta embrujada* y *El laberinto de las aceitunas*; y «el relato folletinesco y su traducción melodramática», en *El año del diluvio*. Aunque resulte discutible, Herráez opta por comentar fuera de esta clasificación las tres novelas sobrantes —*La isla inaudita*, *Sin noticias de Gurb* y *Una comedia ligera*—, basándose en el predominio de lo fictivo sobre el soporte argumental, cuestión, que para él desclasifica estos tres títulos del conjunto de su obra.

Hay detrás de esta exposición una reivindicación del nombre de Eduardo Mendoza y de su obra como una de las muestras más singulares y valiosas de la novela española de este último tercio de siglo, obra a la que Herráez rinde un ponderado homenaje con un libro caracterizado por la claridad de su exposición y por la inserción de un profundo conocimiento de la narrativa española de todo el siglo XX y en especial de la nueva novela en Hispanoamérica.

Luis Veres

La Tercera España, C. Vidal, Madrid, Espasa, 1998, 248 pp.

Articulada la obra sobre la discutible tesis de las dos Españas, su autor acentúa la vagoriedad de la argumentación con definiciones y parcelaciones netamente arbitrarias y gratuitas, fruto de una escasa formación historiográfica. Aquellos análisis en los que su pluma puede utilizar sus sobresalientes conocimientos filológicos y literarios son, empero, de amena y provechosa lectura, por ejemplo, la etopeya de Juan de Valdés y sus aventuras inquisitoriales, y, muy especialmente, las acotaciones a la obra cervantina y, de manera particular, al *Quijote*, que, sin aceptar su caprichosa interpretación de su segunda parte como un testimonio de la tercera España —aquella superadora de los radicalismos de índole progresista y reaccionaria—, significan catas buidas en el sentido y significado de la gran novela. Por el contrario, resulta muy defraudante el estudio de Larra, considerado igualmente un representante de la tercera España, en la que el autor alinea también a Jovellanos, Costa, Azaña y Laín, de todos los cuales se traza un retrato no demasiado exacto con la excepción de Laín y, más parcialmente, de Jovellanos. Obra, en definitiva, de interesante planteamiento pero truncada por su infundada ambición: —orfandad metodológica, insuficiencia documental y bibliográfica—

ca-, irregularidad temática —y algún error factual (mayoría de edad de Isabel II, p. 129).

La izquierda que viene, Navarro, J.; Castro, R., Madrid, Espasa-Calpe, 1998, 472 pp.

Libro interesante en muchas de sus páginas, pese a la escasa formación historiográfica y politológica de los periodistas encuestadores y glosadores de las opiniones de los cerca de veinte intelectuales y hombres públicos —con neta superioridad de los primeros— a los que entrevistan, casi todos ellos instalados en el ancho territorio de la izquierda española, menos remecida que otras de su entorno por la caída del muro de Berlín. Algunos planteamientos y propuestas para la renovación de esta corriente de pensamiento son, ciertamente, novedosos y, a las veces, sugestivos, como, entre otros, las formuladas por César Alonso de los Ríos, Santos Juliá —ambos muy severos en la crítica del comunismo soviético— y Fusi. Interrogaciones y réplicas no se circunscriben al plano de las realidades políticas, sino que se extienden a otros como el judicial, el económico o el cultural con fortuna diversa. Así, son muy esclarecedoras las contestaciones y posi-

ciones frente a parte de los problemas más agudos de la Justicia —con muy pertinentes acotaciones de José Antonio Alonso cara a la aparición de nuevos delitos y a la inserción de la judicatura española en el espacio de la Unión Europea—; menos buidas se descubren, por el contrario, las de Victoria Camps y Maruja Torres frente a los cambios de paradigmas y vigencias sociales; y francamente opacas las de Carmen Rico Godoy, Juan Genovés o Forges en el marco de la temática educativa y cultural, alumbrada por las intuiciones y glosas de Fernando Savater y Javier Marías. En conjunto, abundan las viejas recetas, el premio a la facilidad y la ausencia de referencias a la izquierda británica y alemana.

J. M. Cuenca Toribio

Ludwig Wittgenstein. Biografía y mística de un pensador, Mario Boero, Skolar, Madrid, 1998.

El mismo filósofo que antes de morir declaraba que había tenido una vida maravillosa, se culpabilizaba constantemente por el curso de su existencia. ¿Se mentía a sí mismo —una de las cosas que más le horro- rizaban— en su lecho de muerte? ¿O aceptaba que su vida podía alegrarle incluso en su extrañeza, tal como había declarado en una oca-

sión? Mario Boero, profesor de filosofía y presidente de la Asociación de Teólogos Laicos de España, se ha tomado en serio la declaración wittgensteiniana de que en su filosofía aparecían sus problemas personales. El propósito de Boero ha sido realizar una aproximación a la mística de Ludwig Wittgenstein teniendo en cuenta pensamientos y experiencias de su vida.

Sin embargo, Boero renuncia explícitamente a las afirmaciones del *Tractatus* sobre lo místico: el hecho de que el mundo sea y el sentimiento de que el mundo es un todo limitado contemplable *sub specie aeterni*. Por el contrario, entiende lo místico en relación a los límites de interpretación del mundo mediante el pensamiento y al carácter inefable de ciertas vivencias más hondas que aquellas de las que puede dar cuenta la teoría. Desde tal perspectiva Boero se aproxima a la biografía de Wittgenstein haciendo presente su carácter atormentado y los intentos biográficos e intelectuales por encontrar sosiego sin traicionarse a sí mismo.

En su cotidianeidad, Wittgenstein, quien consideraba que la filosofía no era una doctrina sino una actividad, se debatía entre la tendencia a teorizar y el pensamiento de que más profunda que la teoría era la vida buena, auténtica y feliz. Algo que se le resistía si tenemos en cuenta la severidad con que juzgaba sus relaciones personales, su propio carácter o sus

apetitos sexuales. Sus juicios sobre su propia vida debían serlo más hacia sus acciones que hacia sus pensamientos. Pero, a pesar de ello, escribió en 1916 que la desesperación y la inseguridad eran consecuencia de una visión equivocada de la vida que conducía a la inquietud, la intranquilidad y a la tentación del suicidio. La armonía, por el contrario, estaría relacionada con la sencillez y la aceptación de lo real, del destino. De ahí la importancia de la experiencia de la «conversión», de la necesidad de cambiar de vida, tan patente en numerosos hechos de su biografía, lo cual podría ser favorecido por el impacto de ciertas iluminaciones –similares a los satori del Zen– como las que le aportó en 1910 una frase del dramaturgo Anzenberger, o la lectura de la obra de William James sobre la experiencia religiosa. A este respecto Boero ha realizado interesantes conexiones entre James y Wittgenstein. Destaquemos también las sugerentes y arriesgadas similitudes que detecta entre el filósofo y el Zen.

Rafael García Alonso

Obras escogidas, 3 volúmenes, Azorín, coordinador Miguel Ángel Lozano Marco, Espasa, Madrid, 1998.

Estas obras escogidas comprende tres volúmenes. El primero recoge la totalidad de las novelas, el segundo antologa su producción ensayística y, finalmente, el tercero está compuesto por teatro, cuentos, memorias y una parte sustancial de su epistolario. Se trata pues de un conjunto muy amplio de su obra (casi cinco mil páginas), antologado (cuando lo es) con rigor y precedido de estudios informados y pertinentes. Hay que tener en cuenta que Azorín es autor de ciento cuarenta y dos libros, una obra realizada durante setenta años de vida literaria constante. Miguel Ángel Lozano nos cuenta, en la introducción general, que ha llevado a cabo la tarea de antologización siguiendo el criterio apuntado por el mismo autor, el de que «todo lo sacrificado a la actualidad, o parece o tiene un valor secundario». Por otro lado, el antólogo ha tenido en cuenta lo que la crítica (y eso que con imprecisión llamamos tiempo) tienen por más importante en los diferentes géneros que tocó.

La obra de Azorín está regida por un estilo inconfundible, y, por otro lado, este estilo tiene que ver con su noción de que tanta creación puede ser una novela como un artículo, idea que muchos otros escritores y críticos han defendido después que

él. Desde *Castilla* a muchos de sus artículos periodísticos, se da ese denominador común de la búsqueda de la escritura, de la voluntad de estilo que transforma una opinión en algo que la trasciende. Su estilo, se ha dicho varias veces, no es apto para la penetración en complejas psicología, no se trata de Dos-*toivski*; carece también del tono épico o del propio para mostrar grandes pasiones. Descriptivo, puntilloso, el estilo de Azorín es un gran detector de sensaciones, capaz de captar los instantes y mostrarlo como tales. Amor al fragmento, a un recurso limitado y al mismo tiempo poderoso si se es capaz de llevarlo a sus últimas consecuencias. En este sentido, el autor madrileño participa del gongorismo: esa suerte de escritura altamente visual y precisa. Azorín es un poeta de los sentidos. Escritor impresionista, trata de captar lo fugaz, aquello que continuamente huye. Esta estética conlleva una actitud espiritual que trata de mostrar la sugestión que despierta en el escritor estó o aquello. Azorín fue fiel, aunque con matices, a esta fe simbolista que ya argumentó en varios de sus tempranos artículos sobre criterios de poética. El título de un artículo citado por Miguel Ángel Lozano, perteneciente al final de su vida (1965), sintetiza bien el misterio de su prosa: «Condensaciones del tiempo». No se trata de una explicación sino de una imagen que se adecuaba a